



Humberto Chaves Cuervo
Cuentos ilustrados
para Sábado

El Mango

F.M.O

En 1921 surgió la revista *Sábado*.

Su primera etapa se inició el 1 de mayo de 1921 y terminó con número 100 del 7 de julio de 1923.

Durante este período se inició la publicación de cuento inéditos ilustrados por destacados artistas como Humberto Chaves.

Portada de la revista *Sábado*
No. 117 - 14 de Marzo de 1929

ABADO



AUTORES ANTIOQUEÑOS

AUTORES Sala de Lectura
Biblioteca General
de A.



No. 117 Marzo de 1929

Oleo de Don Humberto Chaves,
profesor de pintura en la Escuela
de Bellas Artes



10c

Investigación y edición: María Teresa Lopera Chaves

Transcripción: Beatriz Elena Lopera Chaves

Realización:
Proyecto Humberto Chaves Cuervo - Pintor



www.chaves-pintor.com



El Mango

Autor: S.M.O y dedicado a Eliodoro Londoño.
Publicado en Sábado No.93. Mayo de 1923

Era a bordo del Saramacca". Viajaba en aquel vapor un joven recién casado, que se llamaba Alberto del Río. Fui su amigo mientras duró el viaje. Este tiempo exactamente duran las amistades que se entablan a bordo.

Juntos pasamos horas interminables, extendidos en nuestra chaises Langues, contemplando el mar azul unirse en lontananza con el cielo azul. Su sitio en el comedor estaba junto al mío en una mesa de cuatro puestos. Allí tuvimos nuestra primera conversación sobre literatura y filosofía. Alberto tenía principios morales muy estrictos. No podía tolerar que en Cuba se pensara establecer la ley del divorcio; odiaba la literatura francesa porque -decía él- esas novelas solo tratan de adulterio y concubinage.



M

Me puso en guardia contra la vida disipada de los cabarets de New York. La música liviana y extravagante de RECTOS le parecía un atentado contra la armonía. Desdeñaba las danzas modernas y aborrecía las costumbres de hoy. Hablaba con viva fruición de los goces de la familia, de los largos paseos por el campo en compañía de su hijito mayor; de las horas dulcemente llevadas al lado de su esposa, en la tranquila biblioteca... Home sweet home, recitaba extasiado.

Una mañana encontré a mi amigo sobre el puente "Saramacca", saboreaba un buen cigarro, tenía la cachucha a cuadros calada hasta las orejas y miraba plácidamente el mar. El cual era una monótona superficie azul. El cielo, también azul, cubría impasible la majestad del océano. Una brisa suave corría por sobre cubierta y, cerca del buque, unas pocas gaviotas anunciaba la proximidad de la costa.

-Vamos a llegar a Kingston, me dijo Alberto.

Y pronto apareció, lejana, la costa de Jamaica. Los pasajeros del "Saramacca" se animaban. Algunos sacaron sus maletas al puente. Uno de ellos, conocedor, dijo dónde precisamente se encontraba la ciudad

. Poco a poco fuimos arrimando. Las grúas de abordo empezaron su ruido infernal. Cuando el barco estuvo amarrado, y mientras cumplían las formalidades necesarias para el desembarque, estuvimos mirando varios negros que nadaban cerca del buque. Movían sus cuerpos de ébano entre el agua verdosa de la orilla y cuando un pasajero les arrojaba un níquel, se sumergían para salir después, anhelantes, solicitando otro.

En el muelle estaban los pasajeros de Jamaica para New York; ingleses de khaki y casco; inglesas rubias y descarnadas; el eterno cura de levita negra y breviario; un matrimonio con dos hijos; dos militares y una morena deliciosa. Las grúas seguían chirriando. Levantaban en los brazos potentísimos enormes cajas que se posaban suavemente en las bodegas del buque. Esas bodegas se iban llenando de cajas, fardos, montones de frutos... Toda la exportación de esa isla tropical y fértil que es Jamaica.

Súbito, la sirena del vapor anuncio salida. Su grito estridente perdióse isla adentro y mar adentro. Cesaron las grúas su áspero ruido, y los pasajeros se amontonaron sobre cubierta a decirle adiós a la tierra. Mi amigo y yo mirábamos cómo los parientes, desde el muelle, mandaban sus adioses a los suyos que se alejaban con nosotros dos.

A

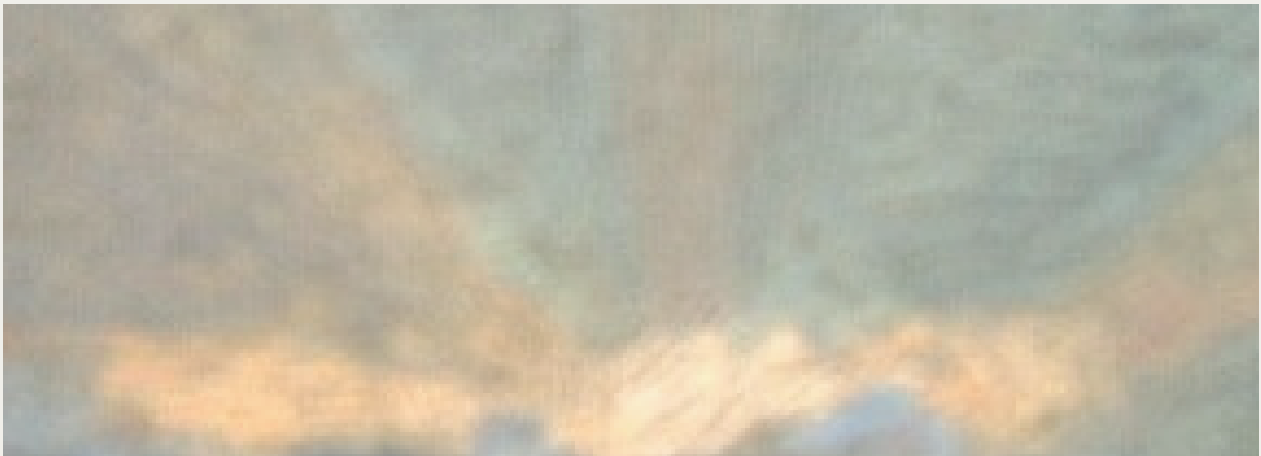
Aquella muchacha que subió en Kingston, estaba sobre el puente y cerca de nosotros. Su traje blanco, escotado, dejaba ver el nacimiento de un pecho lleno. Su pañuelo, impregnado de un perfume sensual, decía adiós...

El buque se fue alejándose. Pronto la costa fue solo una línea morada; y el mar y el cielo fueron nuestros amos absolutos. Alberto del Rio callaba. Yo mirando la blanca estela que dejaba el "Saramacca", observaba a Lillian -así era el nombre de nuestra compañera- quien, dirigiéndose a Alberto le dijo:

-¿No se produce Ud. una sensación de desamparo cuando, allá lejos, ve aletear un pañuelo que le dice adiós?

-Sí, señorita. Es triste -respondió mi amigo secamente, y desapareció por un pasadizo después de arrojar al mar un cigarro apenas empezando.

Seguramente fue para Lillian un desengaño aquella breve respuesta. Se extendió en el chaise longue y negligentemente dejó ver su pierna perfecta, cubierta con fina media de seda.



La tarde empezó a llegar. El horizonte se fue encendiéndose lentamente y pronto el cielo fue una hoguera colosal. El sol, fugitivo, parecía haber estallado, y sus millones de rayos esparcían por el cielo y por el mar. Todos los colores lucían sobre la superficie mansa. El oro enceguecedor, deslumbrante, el rojo imperial, el coral, el violeta... todos hacían una apoteosis al sol. Cuando la noche asomó todo fue desvaneciéndose y solo la lucecitas de proa y las estrellas herían, titilantes, las aguas del océano, como inquietos puntos dorados

La campana nos llamó a la mesa. En la nuestra, hasta ahora ocupada por Alberto y yo, estaba Lillian delante de una taza de consomé. Estaba hermosa. Tenía una flor en el pecho y en uno de sus dedos, de uñas repulidas, lucía una esmeralda. La encontramos sonriente, mostrando sus labios sensuales, aquellos dientes blancos... Alberto apenas la miró. Ella, en cambio amabilísima, nos dijo que la sopa era detestable, y aconsejó a Alberto que pidiera ostras en lugar de consommé. El no hizo caso y hubo de pedir la sopa. Cuando ella ofrecía el pan, Alberto agradecía entre dientes.

Y

Yo notaba que mi amigo ponía con insistencia su mano sobre el mantel, como para mostrar un anillo hermoso. No sé por qué, pues sólo tenía su argolla de matrimonial. Ella parecía no mirar la argolla. Alberto se empeñaba en mostrarla.

En el salón encontramos a Lillian en el piano. Tocaba una música dejativa, lánguida, y la acompañaba, a media voz, con palabras de pasión y esperanza. Es esta una bella canción de Santo Domingo- dijo mirando a Alberto. Es bastante triste, pero es bella, es muy calurosa. ¡Qué música la de las Antillas!!! Tiene el calor de sus tierras, el ritmo de su mar... En las Antillas se ama al compás de esta música...

Alberto impasible jugaba con su argolla y pensaba en su lejana casa, en sus goces tranquilos de familia. Lo fue invadiendo una oscura melancolía. Retiróse a un rincón del salón y empezó un triste añorar. Fue recordando: su joven esposa entregada a los cuidados de los tres hijos, su biblioteca solitaria en la cual todo permanecía en el mismo estado en que él lo dejara. Allá los libros haciéndose compañía unos a otros; los tomos de Lamartine, al lado de los de Balmes y Pierre Lotti y Fernán Caballero... ¡Toda la literatura moralista de Alberto!



Ilustración de Humberto Chaves Cuervo

P

Poco a poco empezó el salón a animarse. Las dos inglesas escotadas y huesudas llegaron de brazo de dos militares; el señor Cura con su breviario debajo del brazo; tres caballeros de smoking; el capitán con su uniforme galoneado; tres agentes viajeros que hablaban detestablemente todos los idiomas y que contaban chistes epidérmicos; el medico de abordó... Cuando Lillian terminó la canción, hubo aplausos. Uno de los agentes viajeros le suplicó que tocara la "Viuda Alegre" y el sacerdote manifestó deseos de oír la "Marcha Nupcial"... Ella se excusó y vino a sentarse al lado de Alberto, quien continuaba sumido en sus recuerdos .

Sobre cubierta hace una brisa deliciosa. ¿No quiere usted darme el brazo y acompañarme a un paseo? Alberto saco su reloj. Mostró que se hacía tarde y solicitó permiso para retirarse al camarote. Allí mientras hacíamos nuestras toilettes de noche, me dijo:

¿Ha visto usted el afán de esa mujer en hacerse insinuante? Me fastidia tener que esquivar sus atenciones. ¿No las esquivaría, si viere en ellas virtud de la natural cortesía que debe existir entre compañeros de viaje? pero yo noto que esa mujer es insinuante por vicio, es una coqueta... ¿Ha visto Ud. como me busca cuando estoy solo? Me habla en voz baja, acerca su cara a mi oído. Veo que estoy haciendo un papel poco galante, pero no importa, no deseo tener una aventura estúpida, uno de esos amores de agente viajero. Eso es detestable, imperdonable en personas serias.



El "Saramacca" navega por un mar de aceite. El tedio de un medio día tropical había invadido a los pasajeros. Unos dormitaban con la boca abierta; otros con Revistas en la mano, perecían leer. Lillian miraba el mar sentada junto a mi amigo y yo. Un camarero apareció con la fuente llenas de tazas de té.

-Un té atroz señorita- dijo Alberto, dirigiéndose tímidamente a Lillian -como todos los de abordo.

-Verdaderamente el té es malo. Todo a bordo es malo. Yo fui previsor. Tengo de qué vivir durante la travesía, No pareceré hambre como usted. Tengo conservas, galletas, magnificas frutas de Jamaica... ¿quiere usted alguna?

Alberto jugaba con su argolla matrimonial. -Tengo frutas deliciosas esta mañana vi entre ella un mango sazoadísimo, ¿desea usted ese mango? Podemos bajar al camarote estoy segura de que lo encontrará usted delicioso, acéptelo usted.

-Mil gracias, señorita. Es usted encantadora, de amabilidad. Deploro no aceptar su ofrecimiento pero... mis deberes matrimoniales... Justamente tenía la intención de ir al salón para escribirle a mi esposa.

S.M.O.

Fin

Chaves Vive!

(1891 - 1971)

MAESTRO - PINTOR - PUBLICISTA



www.chaves-pintor.com

Contenidos sujetos a
Licencia Creative Common CC BY-NC-ND 4.0